

Los Contem pora neos

La idea emitida en "ABC" de elevar un monumento a Celia Gámez en Madrid, preferentemente en la calle de Alcalá, mirando hacia la de Peligros, y a ser posible, creado por Juan de Avalos, parece muy interesante. Sería una manera de que el Ayuntamiento de Madrid compensase al pueblo por haber retirado la escultura de Chillida. Es una forma de justicia: piedra por piedra.

Enfrente, en la calle de Sevilla —naturalmente— podría alzarse un monumento a Lola Flores. Y, algo más abajo, en la esquina de la Gran Vía, un impresionante monumento a Perico Chicote. Son tres figuras eminentes de la cultura de la posguerra que merecen un reconocimiento público. Los monumentos podían ser bonitos y variados. Aun a pesar del gusto del maestro Avalos por el desnudo, creo que el monumento a Celia Gámez debía recoger la figura de la artista bajo su acepción de "Pichi", con la gorrilla y el pantalón acampanado, que ahora vuelve a llevarse, por aquello de los ciclos culturales y el eterno regreso que tanto se da entre nosotros. Podría haber en la base un bajo relieve que representase una primera fila de viejecitos entustastados, gemelos en mano. Para Lola Flores yo propondría un grupo escultórico con Manolo Caracol, en el acto histórico de cantar "La niña de fuego", o quizá, "La Sarvaora" —"Si yo fuera casao, ¡contigo me iba a perder!"—, que tienen la equivalencia cultural de "Pichi". Chicote estaría muy bien de chaqué, coctelera en mano, rodeado de prohombres —más pequeños—, con una copa cómica en la mano.

¿Serían suficientes? Temo que no. No bastaría con tres monumentos para recordar la cultura de posguerra. Por otra parte, Madrid es grande y admite más piedra. Pronto alguien propondría un monumento a Zori y Santos, en el acto de estrenar aquella joya lírica que se llamó "La blanca doble" («¡Ay que tío, ay que tí-i-o, que puyazo l'ha metío!»); se me ocurriría que junto a ellos podía haber una figura ambigua con cabeza intercambiable mediante ingenioso mecanismo, y que representase unas veces a Codeso, otras a Celia, otras a Lina Morgan. Pero, ¿cómo olvidar a Pepe Blanco y Carmen Morell? «¡Cocidito madrileño/esperanza del mañana! La

LO QUE EL VIENTO NO SE LLEVO

felices para el porvenir, intuían ya la esperanza en forma de opiparo cocido, cocidito. Hoy ya todo se ha institucionalizado. Todas las semanas se reúnen los hijos de aquella cultura, y alguno de sus padres, en un Cocidito Madrileño que organiza el Club de Arte de Madrid; todas las semanas la Peña Chicote da «un agasajo postinero/con la crema de la intelectualidad». Todo lo que sucede hoy estaba en el código genético de entonces. En los ácidos ribonucleicos y desoxirribonucleicos que trabajaban en aquel momento.

Quizá, con la tendencia moderna a la concentración, bastaría sólo con un enorme monumento lleno de símbolos y figuras pequeñas, más al estilo de Sebastián Miranda que en el de Juan de Avalos. Estarían allí Zorra, marcando su gol solitario, y Matías Prats, gritando contra la pérdida Albión, Jacinto Guerrero, Arturo Serrano y Adolfo Torrado, intercambiándose puros junto a Isabel Garcés interpretando Chiruca. Estarían los "reyes de la montaña" de las Vueltas Ciclistas —qué raro que este país precisamente produzca los tipos que más de prisa suben en bicicleta a las montañas—, Federico García Sanchiz ingresando en la Real Academia Española, Alfonso Camorra mandando paellas por avión al extranjero, Imperio Argentina —¡el primer tango en Madrid!—, entrevistándose con Hitler durante el rodaje de "Carmen", en Alemania Y las vocalistas, la larga teoría de bonitas y tristes cantoras de boleros, apasionadamente agarradas a un micrófono primitivo de lo que se llamaba "sala de fiestas", y donde se tomaba "porto flip", porque la yema de huevo alimentaba un poco...

Se me acaba el espacio. No los nombres y las situaciones. Sería un grandioso monumento. Coronado, ¿por qué no?, por Celia Gámez que, como muy bien supone "Argos" en "ABC", es el símbolo de una gran época.

POZUELO

NIXON'S ROUND

de contratos, por los que USA se compromete a la instalación de fábricas de urea y amoníaco en Rusia, así como a la venta de cantidades masivas de fertilizantes, por valor de 7.000 millones de dólares en los próximos veinte años. Esta política (recuérdese también las exportaciones de trigo de Norteamérica a Rusia, así como los acuerdos de cooperación de la industria electrónica entre ambos países) inspira un recelo en Europa semejante al que provocó en Japón el viaje de Nixon a Pekín y el subsiguiente «boom» de las exportaciones norteamericanas a China (poco importante en términos absolutos de volumen de exportaciones, dado de que se partió casi de cero, pero muy importante en términos relativos).

Desde el punto de vista de la Comunidad Económica Europea, la Ronda Nixon se enfoca desde unos puntos de vista muy diferentes de los norteamericanos. Para Europa, los Estados Unidos aprovecharon un poder económico después de la Segunda Guerra Mundial, sin precedentes en la Historia, para establecer una hegemonía comercial y monetaria que proporcionaba unos beneficios no justificados una vez que tuvo lugar el cambio de circunstancias, que llevó consigo el rápido crecimiento de la economía europea. Su interés no es tanto de beneficiarse de unos capitales y ayuda tecnológica norteamericana como de realizar la consolidación de un bloque económico con capacidad de negociación y la expansión a otras áreas, que se convierten necesariamente en conflictivas. En cuanto que se está formando un área «nacional» más amplia que la de los actuales Estados —llámese como se quiera, área aduanera, Mercado Común, Comunidad Económica, etcétera—, se crea una necesidad de proteccionismo frente al exterior de la que existen los precedentes de lo que podríamos llamar una constante histórica. Se trata de lo que llaman los economistas creación de comercio interno, que lleva consigo necesariamente una desviación del comercio del exterior al interior.

Así, el Mercado Común trata de cerrar sus fronteras a los productos agrícolas del resto del mundo y a las industrias de Norteamérica y del Japón, y puede verse la propuesta de una reducción arancelaria como un intento de disolver la Comunidad Europea en área más amplia, en la que las ventajas de ser miembro perdieran relevancia (el mismo recelo con que se ha recibido la Carta Atlántica entre los países miembros).

En el exterior, los motivos de conflicto económico son claros. Aparte de las secuelas de una política colonial, en las que sus intereses no siempre fueron coincidentes con los de Estados Unidos (Vietnam antes y después de Dien Bien Fu, crisis del canal de Suez, guerra del Congo, etc.), la discriminación arancelaria como política de absorción del resto de los países europeos (Turquía, Grecia, España, Yugoslavia), de Israel, Marruecos y otros países representan una amenaza clara al comercio de los Estados Unidos.

Por último, los países menos desarrollados no tienen mucho más que esperar de las nuevas negociaciones comerciales que una satisfacción verbal. A la hora de la verdad, su interés cuenta poco, por más que a nivel retórico se les haga amplias concesiones. Claro es que sus posibilidades son reales cuando se establece un consenso en los intereses de grupo, tal como en el caso de los países productores de petróleo, pero no parece probable que esa situación se dé en unas reuniones internacionales, en las que «el bien común» del mundo encubre una serie de limitaciones iniciales —tales como las dependencias económicas de diverso tipo ya existentes—, que desvirtúan las conclusiones basadas en una teoría que no contempla todos los supuestos existentes.

En resumen, y de cara a las próximas negociaciones comerciales, existe una gran confusión. Confusa es la posición de los Estados Unidos, motivada, de un lado, por su situación cambiante en las relaciones económicas internacionales y, de otro, por la falta de clarificación actual de la competencia y poderes del ejecutivo. Confusa es también la posición de la Comunidad Europea, al menos en su expresión retórica, puesto que no está dispuesta a renunciar a un proteccionismo que posiblemente le es necesario si quiere consolidar su integración económica actual, sin querer reconocer, frente a terceros países, esa posición proteccionista. Y confusa es la posición de los países subdesarrollados, que desean liberarse de una dependencia económica y acelerar su desarrollo, pero que se ven condicionados por esa misma dependencia. En cualquier caso, es de esperar unas largas y dificultosas negociaciones, en las que, flexibilizando las posiciones iniciales, se llegue a una mayor liberalización del comercio, si bien de efectos reales limitados por un conjunto de intereses contradictorios de difícil solución. ■ M. G.